

peta: el hierro se embota al tocar su pecho: veinte veces los verdugos, en gran número, se ven obligados á remudarse para conseguir la destruccion de unas vidas sumamente delicadas y unas existencias excesivamente frágiles. Por último, los mismos animales feroces, desarmados á una simple mirada de sus víctimas, se acuestan y se humillan á sus piés, consagrando sus fuerzas á defenderlos en vez de devorarlos, y se vuelven inopinadamente contra los tiranos en lugar de precipitarse sobre los mártires.

Su poder se extiende al mundo material y al mundo moral, y como san Estéban, dirigen una oracion, y á los pocos dias, Saulo, es decir, Pablo el perseguidor, se convierte en el más ardiente de los apóstoles. Otros, ántes de morir, dicen una palabra al verdugo que los martiriza, y éste, despues de haber sacrificado á su víctima, pide inmediatamente que se le martirice á él mismo. Y lo más admirable es, que el poder de los mártires se une á ellos hasta su muerte. La corrupcion parece tener miedo de tocarlos: sus despojos, despues de siglos y de siglos en que han permanecido depositados en la tierra, aparecen conservados intactos, florecientes de juventud y de frescura á la piedad que los visita, ó á la piadosa admiracion que los descubre. Con frecuencia, un perfume delicioso se exhala de ellos: á su contacto, los enfermos se restablecen, los muertos resucitan: á su aspecto (como podeis verlo en la historia de santa Agata) los volcanes se apaciguan, los incendios se apagan, las tempestades se calman y las armadas retroceden; últimamente, un poco de su polvo, un resto de su osamenta, un pedazo de mármol de sus sepulcros, ó un giron de sus vestidos, hé aquí lo que basta en la historia para rechazar las invasiones de los bárbaros, para hacer entrar en su cauce el torrente de una nacion desbordada; yo he dicho para reconstituir y sentar sobre sí mismo el mundo moral conmovido por los sacudimientos y los peligros que le amenazan.

Notad tambien los prodigios de vergüenza y de humillacion que se despliegan contra sus verdugos. El parricida Neron, pero perseguidor sobre todo, cae del trono: ni aún siquiera goza el honor de ser asesinado: era demasiado vil para ser muerto por otra mano que la suya. Domiciano le sucede despues en la tiranía, y á su turno es acuchillado dentro de su palacio, queriendo el senado que se aniquilase hasta su nombre. Decio, que excedió en su monstruosidad contra los cristianos, sucumbe en una derrota, y su cadáver es abandonado á las bestias feroces y á las aves de rapiña, que, devorándolo, no pueden ni aún así librarse de una especie de disgusto. Valerio, vencido por Sapor, queda reducido á servir de estribo. En fin, Galerio

es devorado vivo por gusanos que germinan en sus entrañas. Casi todos los perseguidores de los cristianos terminan sus dias, siendo víctimas de sus propios furros ó de los extraños. Tales son los sucesos extraordinarios de que nuestros mártires han sido á la vez el objeto, el instrumento y la ocasion. Y despues de esto, ¿diremos que no damos crédito á esas maravillas? ¿Es posible que la temeridad de una negativa pueda comprometer la constante autoridad de la historia? ¿Diremos que esas maravillas pertenecen á otros mártires que los del cristianismo? Eso sería una burla. Esos héroes divinos nada tienen de comun con aquellos con quienes se les quiere comparar, y sobre los que resaltan tanto, como el cedro sobresale cual rey de las florestas por encima de esas yerbas miserables que se crián en las bajas regiones de la atmósfera. Creedme, señores, acomodémonos con el espíritu del género humano: no intentemos más hacer entre esos dos géneros de heroismo comparaciones contra las cuales protesta: veneremos siempre como él lo hace, en las santas víctimas con que la Iglesia se honra, justos sin tacha, héroes de una intrepidez sobrehumana, y en fin, testigos cuyas cicatrices y cuyas muertes deponen con una autoridad perentoria en favor del Evangelio, de la Iglesia y de su divinidad.

MATERNIDAD.

(SU DIGNIDAD EN LA LEY DIVINA.)

Multipicabo ærumnas tuas: et in dolore paries filios.

Multiplicaré tus trabajos: con dolor parirás tus hijos.

(GEN. III, 16.)

Al considerar, hermanos míos, la dignidad y el esplendor primitivo de nuestra naturaleza, no podemos ménos de recordar las grandes y dolorosas escenas de nuestra caída y nuestros desastres. Hoy vengo á contaros el más sorprendente y desgraciado episodio de ese drama lastimero. Oid la palabra del Señor: «Yo multiplicaré tus angustias,

y tú darás á luz tus hijos en medio del dolor.» Vengo á hablaros de las maldiciones que pesan sobre la madre del hombre, sobre las hijas de Eva, y de los dolores providenciales que desde seis mil años la persiguen sin descanso á través los siglos.

No vacilo en decirlo: sobre la madre del hombre descargó el golpe más terrible de todos los que debian caer sobre la naturaleza humana y mortal, para castigarla por su pecado. La madre del hombre es la primera que se ve atacada de las angustias de la vida y las amenazas de la muerte; en ella primeramente y en su más viva y más feliz juventud se dejan ver las angustias más penetrantes de la humanidad. Oid la palabra del Señor: *Multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos; in dolore paries filios.* Yo multiplicaré tus angustias, y tú darás á luz tus hijos en medio del dolor.»

Al tratar ante vosotros este punible asunto, procuraré no ofender vuestra delicadeza; y si me permitís decir más, pondré todo conato en mirar con circunspeccion la mia. No consideraré este asunto con respecto á los solos pensamientos de tristeza que él inspira por naturaleza. Con el auxilio del santo Evangelio, gran consolador de nuestros antiguos dolores, abrazaré este punto en toda su extension. Corresponderé, yo lo espero, á todos vuestros pensamientos, á todos vuestros votos: daré satisfaccion á la vez á vuestra religion y á vuestra caridad, hablándoos, primeramente, de la dignidad y gozos maternos en el cristianismo; y en segundo caso, de los dolores maternos segun el Evangelio. Implorémos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de la que fué al mismo tiempo Virgen y Madre de amarguras y dolores. A. M.

1. ¿Qué es una madre? Aún despues del pecado, aún despues de aquella deplorable caída que nos ha trastornado hasta por los cimientos, una madre es lo que hay de más angusto, más venerable, más digno, más sagrado sobre la tierra; una madre, es decir, esa débil y sublime criatura, ese sér misterioso elegido por Dios por un maravilloso privilegio, y asociado por el mismo Dios á su providencia suprema para continuar, de acuerdo con él, la admirable obra de la creacion, para perpetuar aquí abajo esta obra de sabiduría, de poder y amor, y dar la vida á débiles criaturas, despues del pecado nobles todavía, y destinadas á poseer á Dios en los esplendores y las delicias de la eternidad. La corona de la dignidad maternal es bella; ella desciende de los cielos; Dios es quien la deposita por sí sobre las sienes de la virtud; y cuando nada marchita su esplendor, esta diadema es más brillante en la frente, y sobre todo más dulce en el corazon que la

misma corona de los reyes. Os pido preguntéis á una mujer cristiana y humilde, que ha recibido la bendicion maternal de Dios, si á pesar de sus tristezas cambiaria la gloria y la dignidad maternas por la más rica fortuna del mundo. Por eso no me admiro ver á las santas Escrituras, desplegar toda la magnificencia de su lenguaje para contar el triunfo de la dignidad maternal. Jamás se presentó á nuestros ojos un más bello ni más tierno espectáculo que aquel que el Espíritu Santo nos ofrece con complacencia manifiestamente y con amor, cuando nos muestra todos los hijos de la mujer fuerte, levantarse en medio del transporte, estrecharse á porfia en rededor de su madre, admirar su sabiduría, su virtud, su gloria, y publicar altamente que ella es dichosa.

La belleza es un brillo vano y frágil; pero vuestra sabiduría y virtud, ¡oh dichosa madre! merecen la gloria inmortal. «Su esposo, prosiguen los santos Libros, su esposo, feliz y fiero de su noble y santa compañía, y animando la admiracion y el respeto de sus hijos é hijas hácia su madre, se levanta á su vez, y él, cuyo corazon habia tan á menudo reposado sobre ella con confianza, dice en alta voz: Vos habeis excedido á todas las mujeres por vuestra virtud. Vos teneis un tesoro digno de ser derramado hasta en los corazones más separados, y todos los dias de vuestra vida vos habeis hecho el bien y jamás el mal.»

Yo os pregunto, hermanos míos: el Espíritu Santo, de cuyas palabras no soy aquí más que un natural intérprete, ¿podia expresar más dignamente ese magnífico misterio de belleza, sabiduría, virtud y dulzura, que la mujer cristiana practica en el seno de la familia humana? Y toda vez que he nombrado la familia, si es cierto decir, que el padre representa visiblemente la fuerza, la grandeza, el poder de Dios, ¿no es tambien cierto decir, que la madre por su dulzura es como el gérmen divino de una persuasion inefable en medio de los que circundan en la familia, y de quienes hace el consuelo y la gloria?

¿Y dó halla ella todas esas cosas, todas esas riquezas que derrama en rededor suyo con abundantes raudales? No vacilo en decirlo; es en el tesoro de su corazon, del corazon que Dios la ha hecho, en el tesoro del amor maternal. ¿Quién dirá, mis muy caros hermanos, la fuerza y el poder de este amor maternal? ¿Quién dirá su esplendor, su sublimidad y su terneza? ¿Quién dirá su magnanimidad y su poder? ¿Quién dirá su energía y sus prodigios? Aún despues del pecado que ha trastornado todo en nosotros, que ha marchitado hasta en el fondo de nuestro corazon y de nuestras entrañas nuestras afecciones más legítimas y verdaderas, despues del pecado; los gozos del amor maternal son todavía tan puros, hay en ellos alguna cosa tan bien conser-

vada, tan inefable, según Dios, que el Hijo mismo de Dios, el Santo de santos, os los ha representado como la más viva imagen de los mismos gozos celestiales y eternos. «¡Oh discípulos míos! dijo un día en su Evangelio; ¡oh discípulos míos! vuestros destinos sobre la tierra estarán mezclados de tristeza; vosotros llorareis y gemireis con frecuencia, *flevitis vos*. El mundo se regocijará; pero vosotros, vosotros vivireis en medio de la amargura; pero, tened confianza; vuestras tristezas cambiarán en alegrías, y un día vuestro corazón se regocijará como el corazón de una madre á la vista de su primer hijo, y ningún poder podrá entonces robar aquella alegría de vuestro corazón. ¡Ah! esta madre, cuando está en medio de los dolores del alumbramiento (prosigue hablando el Hijo de Dios), cuando está en medio de los dolores del alumbramiento, sufre extraordinarias angustias; pero, si la hora de su trabajo ha sonado, no está lejos la hora de sus gozos; y cuando ha dado á luz un hijo, cuando ha enviado al mundo un hombre (es la misma expresión del Hijo de Dios), ¡oh! entonces olvida todas sus angustias, todos sus dolores, tan grande y vivo es su gozo en su corazón. ¡Un día vuestro corazón se regocijará con esta alegría!» Parece bien, hermanos míos, que es una alegría incommensurable, que es la alegría más viva que se puede experimentar, al par que es una alegría llena de majestad y no indigna del cielo. No; no vacilo en declararlo: entre todas las ternezas de la tierra, la más santa, la más pura, y acaso la sola pura, la sola santa, es la terneza del amor maternal. Madres cristianas, no temais que vuestros hijos usurpen en vuestros corazones el lugar que Dios ha reservado para él. No, no; cuando amais á vuestros hijos, amais á Dios, que os les dió; cuando amais á vuestros hijos, amais esas almas que Jesucristo lavó y tiñó con su adorable sangre; cuando estais separadas de esos hijos que os son tan caros, amais á Dios, que os los guarda y los lleva en su seno eterno; cuando vuelven á vuestros brazos á través los peligros de los combates ó las tempestades del mar, amais á Dios, que os los conduce á vuestro seno, y á Dios se dirigen vuestra gratitud y los transportes de vuestro corazón y vuestra fé.

Es por otra parte, hermanos míos, tan claro que hay en esta dignidad, en este amor alguna cosa elevada, profunda, divina, que deriva y nace naturalmente del corazón del mismo Dios y de las entrañas de su infinita terneza, si puedo expresarme así, que el Hijo nos revela expresamente que el corazón de una madre es un modelo de las manos del mismo Dios. Entre todas las cosas de la naturaleza no hay una imagen más viva y más dulce del amor que el mismo Dios tiene á sus criaturas. Oid las palabras de nuestro Señor. Cuando quiere convidar

al pecador á volver á él, ¿dó halla el pensamiento, el consuelo y la esperanza de su vuelta á él?

«Volved, dice, yo seré para vosotros una madre...» Y observad los detalles inefables á que el Dios de la infinita misericordia se digna descender: «Como la madre acaricia á su joven hijo, así yo os consolaré á vosotros. Habeis padecido en medio de vuestros extravíos, lejos de mí; yo os consolaré, vuestro corazón verá de cerca mi terneza y misericordia; yo os pondré sobre mis rodillas; y hallaréis en mí el corazón de una madre.»

Hay todavía otra expresión divina que os suplico remarqueis, y que es el más poderoso esfuerzo del poder de Dios, para persuadirnos su amor? Ved hasta donde llega. «¿Puede una madre, dice, olvidarse de su hijo?» Después prosigue: «Una madre no olvida jamás el fruto de sus entrañas; no pierde jamás la compasión por aquel que ella ha alimentado. Pues bien; si una madre llegase á olvidar su hijo, yo no os olvidaré; yo seré aún más tierno para vosotros que una madre.» En fin, hermanos míos, vosotros sabeis aquel grito de nuestro Señor en la vispera de los desastres de Jerusalem. Cuando sobre la cima de aquella colina misteriosa dirigió una mirada sobre la ciudad culpable, lloró, y esta tierna queja se desprendió de sus labios y su corazón: «¡Jerusalem! ¡Jerusalem! ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos bajo mis alas, como una gallina cobija sus polluelos! ¡Tú no lo has querido! Yo he sido para tí una madre: ¡tú me has rechazado!» Esto queria decir todo.

Termino por estas palabras, hermanos míos. Lo que acabo de decir basta para haceros comprender cuál es la dignidad, la grandeza, cuáles son los gozos maternos en el cristianismo; me falta mostraros cuáles son sus consuelos y dolores: este será el asunto de una segunda reflexión.

2. Voy pues á decirlos ahora, hermanos míos, los dolores del amor maternal. Los hay inefables. No vacilo un punto en declararlo de antemano: cuando esa corona tan brillante y pura llega á romperse, cuando una joven y tierna flor la es arrancada, cuando esa dulzura se cambia en amargura, cuando esa alegría, que habia hecho olvidar dolores tan extraordinarios, es de repente rechazada en un corazón desgarrado, partido, ¡oh! entonces en esta alma reina un grande silencio. Cuando el hambre, la miseria, la desesperación ó la muerte llega á caer sobre esta madre, y á arrebatlarla ó estrellarla ante sus ojos lo que la es más caro sobre la tierra, reinan en ella en silencio grandes desolaciones, y sobre esa frente descoronada se ven pasar sombríos nublados que ocultan el rayo.

Es al pié de la cruz de su Hijo espirando do una madre lanzaba, hace largo tiempo, este grito de un extremo dolor, que aún á través de diez y ocho siglos, cuando el Viernes Santo hace resonar en nuestros oídos las lamentaciones de Jeremías, viene á enternecer nuestras almas con un enternecimiento invencible: «¡ Oh vosotros que pasáis por este camino indiferentes y extranjeros, deteneos un poco, considerad y ved si hay un dolor igual al mio! » ¡ Ah! hermanos míos, este era el grito de una madre á cuyo hijo quitaban la vida, cuyo corazón partían, cuyas entrañas desgarraban, y este grito de dolor maternal tiene algo de augusto. Yo no conozco nada á la vez más tierno y más terrible. Yo le he oído algunas veces sobre la tierra; es temible, es venerable, tiene una majestad que admira, y un eco que desgarrá. Es un sollozo del alma que se apodera de nosotros, que domina, que penetra y despedaza. ¿ De dónde nace esta inconsolable angustia? ¿ Qué hay en el corazón y entrañas de una madre, que destrozado una vez por las tempestades de la tierra no vuelve jamás á su primitiva situación aquí abajo? ¿ Es alguna cosa de la ternura y misericordia del mismo Dios, que no está hecho para este triste mundo? ¿ Es el grito de aquel dolor expiatorio y sagrado, cuyo sacerdocio tiene aquí abajo la madre del hombre? Yo lo ignoro: lo cierto es que nada hay más doloroso ni más inconsolable. El evangelista y Jeremías nos hacen oír esta palabra: « La voz de Raquel ha resonado en Ramá; eran gritos, gemidos confusos é inexplicables; eran gritos y gemidos de una madre; ella no quería consolarse, ó más bien no podía consolarse, porque sus hijos ya no existían. »

« No me llameis ya Noemi, decía una madre, que había perdido sus dos hijos, á las mujeres desterradas que regresaban á su patria, y cuyos conciudadanos consolaban su regreso; no me llameis ya Noemi. En otro tiempo yo era hermosa, me llamaban Noemi, era mi nombre. Pero el Señor me ha privado de mis hijos, no me llameis más Noemi; llamadme Mara, pues yo estoy llena de amargura! »

Y ahora, hermanos míos, os preguntaré: ¿ de dónde vienen esos dolores, de dónde descienden, cuál es su origen? Nosotros ignoramos su remedio; ¿ cuál es su origen? ¡ Ah! no me detengo en decirlo: aunque no tuviese otra prueba del pecado original más que los dolores maternales aquí abajo, esta prueba me sería suficiente, porque estos dolores no están ni pueden estar en la naturaleza. Explicadme, si podeis, ¿ por qué tanto sufrir en una dignidad tan alta; por qué y cómo esos gozos mezclados súbitamente con tantas lágrimas; por qué y cómo dolores tan amargos; por qué esos agudos dolores en las entrañas que nos dan la vida? ¡ Ah! esto es cosa clara: el hombre es

culpable y su madre está maldecida, y la fuente de la generación humana es una fuente de aflicción, de gemidos y lágrimas, un manantial inagotable de enfermedades y miserias; la madre del hombre se halla toda bajo el peso de los anatemas del Señor. Las angustias más penetrantes de la humanidad se hallan aquí, y aquí también, se halla la expiación. Por aquí las hijas de Eva expían el crimen de su madre y sus crímenes. Por eso había un dolor maternal al pié del Calvario; hé aquí por qué una mujer bendecida entre todas las mujeres, una virgen la más pura de las vírgenes, una madre augusta y sagrada debía estar asociada al sacrificio de la redención del mundo, y ser la cooperadora de los dolores más odiosos en esta grande obra de la reparación de la humanidad decaída.

La maldición de Dios pesa sobre nosotros, todos hemos sido condenados al trabajo, es decir, á la necesidad, á la aflicción, á las lágrimas, á la miseria, á la muerte; pero: ¿ cómo se apodera de nosotros esta maldición! ¿ cuán dolorosa es cuando cae sobre una madre! No vacilo en decir, que este dolor es entonces un dolor sagrado, y yo estoy lleno de religión y de reconocimiento hácia Dios, al ver que entre los dolores de la humanidad no hay uno para el que Dios haya reservado en su corazón una compasión más abundante que para este dolor.

¿ Quién de vosotros no se acuerda de la pobre Agar desterrada de la tienda de Abraham, y de las palabras que Dios la dirige? ¡ Id, id con vuestro pobre hijo Ismael á la soledad, en medio de las arenas abrasadoras del desierto! Ella había llevado un poco de pan y agua para ella, y principalmente para su hijo. Bien pronto viene á faltarles el agua: ¡ era la muerte! Yo tengo sed, decía este pobre niño; y su madre lanzando sus miradas hasta los últimos confines del desierto, no descubría más que arenas; y el niño decía siempre: Yo tengo sed y me muero. Entonces ella le coge en sus brazos. Estaba debilitada, pero el amor maternal la daba fuerzas. Busca agua. Sin embargo, el niño moría entre los brazos de su madre. Se pára, y sucumbiendo á esta terrible angustia, se aleja del niño algunos pasos, y va á sentarse sola, desconsolada, espantada á cada instante, diciendo: ¡ Yo no veré al ménos morir mi hijo! Y despues, cuando al fin de algunos momentos el oído y el corazón de esta madre entendió que el último suspiro de su hijo se aproximaba, ¡ oh! entonces sus entrañas se estremecieron, y arrojó uno de esos gritos de dolor maternal, que conmueven el cielo y la tierra, y el cielo se estremeció, y Dios la oyó, *exaudivit Deus de caelo*, y envió su ángel. El ángel acudió y gritó: « ¡ Agar! ¡ Agar! » Y la pobre madre levantó la cabeza, y el ángel la

dijo: «No temas; el Señor ha oído el grito de tu dolor; ¡mira!» Y al mismo instante un manantial de agua viva surtiendo en medio de la aridez del desierto dió la vida al hijo y á la madre. Vosotros os acordais también del profeta Eliseo. Había una pobre viuda, que había quedado sola sobre la tierra con dos hijos; su situación es tan lastimera, que acreedores sin conmiseración la llevan cuanto posee, y la amenazan llevarla sus dos hijos. Encuentra al Profeta, se echa á sus piés: «¡Oh hombre de Dios, le dice, van á llevarse mis dos hijos!» Era todavía el grito del dolor maternal. El Profeta, conmovido hasta en el fondo de su corazón, le dice: «¿Qué tienes aún que te pertenezca?—Tengo un poco de aceite.» El Profeta bendice el aceite de la viuda, y le multiplica tan superabundantemente, que hay para satisfacer á la dureza de sus acreedores sin piedad; después rescata todos los muebles de la pobre viuda y la dice: «Tú y tus hijos vivid ahora de lo restante.»

Acabo de recitaros la historia de una pobre mujer. Pero ved una historia aún más tierna. Era una mujer rica, opulenta, una madre que vivía, como muchos entre vosotros, en las delicias de la vida. A pesar de su fortuna cayó en la desesperación: esto acontece algunas veces.

No tengo el menor recelo en decir que este es uno de los pasajes más tiernos de las santas Escrituras. ¿Quién no ha oído contar algunas veces la historia de los gozos y dolores de la Sunamita? Os enarraré todos sus detalles, como se hallan en los santos Libros. Era una señora de gran familia; pero tenía manifiestamente un corazón piadoso, sentimientos de amor de Dios: era hospitalaria. El profeta Eliseo pasaba un día por la ciudad en que ella habitaba. Ella le encontró, y en nombre de su esposo le rogó fuese á tomar una comida frugal en su casa. El Profeta consintió en ello; después se retiró. Algun tiempo después esta santa señora dijo á su esposo: «Veo bien que este santo hombre que viene aquí algunas veces, es un hombre de Dios; haríamos bien en ofrecerle una pequeña habitación en lo alto de nuestra casa; colocaremos en ella una mesa, una cama, una silla, una lámpara, y reposará allí cuando venga á visitar nuestra ciudad.» El profeta Eliseo aceptó la humilde hospitalidad que le habían ofrecido, y cuya sencillez convenía á un profeta del Señor. Algun tiempo después aún, Dios recompensó esta hospitalidad generosa y santa: la Sunamita tuvo un hijo, y Dios le bendijo. Este nacimiento causó un grande regocijo en toda la casa, y después de algun tiempo sobrevino además un grande dolor. El niño murió cuando ménos se pensaba. «Me duele mucho la cabeza,» dice á su padre, y repetía siempre, son

palabras de la santa Escritura: «me duele mucho la cabeza.» Que lo que voy á decir no incomode á los padres, sin duda tienen siempre el corazón y las entrañas paternas; pero cuando el hijo sufre, van á buscar su madre. El padre, pues, dijo á su criado: «Toma este niño y llévaselo á su madre.» La madre tomó el niño, le sentó sobre su regazo y esperó, haciendo oración á Dios. Hacia el medio día el niño murió allí. Aquí se revela, hermanos míos, una de las escenas más sorprendentes de la fé, del poder del amor maternal que puede imaginarse. La madre se levanta sin pronunciar una palabra, sin arrojar un grito, sin derramar una lágrima, y teniendo siempre su hijo muerto entre sus brazos, sube silenciosamente todas las escaleras de su casa, va hasta el último piso á la pequeña habitación del Profeta; entra en ella, deja el cuerpo difunto de su hijo sobre la cama del hombre de Dios, y como si no estuviese muerto, cierra con cuidado la puerta; vuelve á bajar á su aposento sin decirlo al padre, que quizá hubiera fallecido súbitamente, porque hay en el corazón paternal ménos fuerza para el sufrimiento que en el de la madre, sin decirle nada más que esta palabra: «Dad orden á uno de vuestros criados de acompañarme; hacedme aparejar un asnillo á fin de que yo marche en seguida, y vaya corriendo en casa del hombre de Dios para regresar aquí prontamente.» El padre le dijo: «Pero ¿por qué queréis ir á verle? Hoy no es día de fiesta ni aún sábado.—Es necesario que yo vaya,» responde ella sencillamente. Después dice á su criado: «Marchemos prontamente, y no me hagais detener en todo el camino.» Marchan, se apresuran, y bien pronto llegan á la falda del monte del Carmelo do habitaba el profeta Eliseo. Desde lo alto del monte les divisó, y dijo á su servidor: «Yo creo que es la Sunamita la que viene á visitarnos: vé, baja á su encuentro, y pregúntala de mi parte si todo va bien en su casa.» Ella responde: «Sí, todo va bien:» después continúa su camino silenciosamente, y en fin, cuando halla al hombre de Dios, que venía á paso lento al encuentro de su dolor, cuyo misterio ignoraba, se arrojó á sus piés, los tuvo estrechamente abrazados sin pronunciar una palabra. El servidor del Profeta quiere levantarla, pero el Profeta dice: «No: déjala, déjala; su alma se halla llena de amargura, y el Señor no me ha dicho cuál es la desgracia que ella ha experimentado.» Entonces se deja oír el grito de la madre: «¿No os pedí un hijo, mi Señor?» Con esta reprensión delicada y tan profunda, con este grito terrible, el Profeta se conmovió hasta en el fondo de sus entrañas, y sin responder á la madre, dijo á su sirviente: «Toma, toma mi baston, y apresúrate; baja el monte; si hallas alguno, no le saludes; si te saludan, no respondas; vé y camina siempre, y después pon

el baston del Señor y de su Profeta sobre el rostro del niño. «Al oír estas palabras, la madre, que estaba siempre de rodillas, se levanta, y con el mandato del amor y dolor maternal: «¡ Viva el Eterno, dice, viva mi alma, la vuestra, viva el alma de mi hijo! Esto no se hará así, vos vendreis conmigo.» Eliseo accedió y marchó. La madre seguía detrás, y el Profeta caminaba con precipitación. Por último llegan á la casa del dolor, sube escalera por escalera hasta la habitacion del hombre de Dios. Vosotros sabeis lo restante de ese milagro, y cómo el santo hombre volvió la vida á este niño. Su madre al verle revivir, dice la Escritura, no arrojó un grito de alegría. ¡ Ah! era una madre virtuosa! Al verle vivir, ella se postra precipitada en el suelo, y besa la tierra y la vuelve á besar; no podía cansarse de besar la tierra, y durante ese tiempo el Profeta la bendecía. Hé aquí lo que Dios y los Profetas hacen para aplacar los dolores maternales.

Pero voy á dar fin á nuestra conferencia, y á mostraros al concluir lo que hace el Hijo de Dios mismo. Recogeos en vuestros corazones: es el mayor ejemplo de la compasion de Dios por los sufrimientos y dolores de las madres sobre la tierra.

Una pobre mujer Cananea que había venido á las cercanías de Tiro y Sidon, se echa á los piés de nuestro Señor Jesucristo gritando: «Señor, tened piedad de mí, porque mi hija sufre cruelmente.» Observad que su hija padecía, y ella dice: ¡ tened piedad de mí! Era un mismo penar. Nuestro Señor no la escuchaba al parecer, y continúa su camino. Ella continúa su dolor y sus gritos, fatiga con ellos á los discípulos de Jesucristo, que le dicen: «Señor, concededla pues lo que pide, porque ella nos fatiga verdaderamente con sus gritos.» No eran aún muy fuertes en la caridad: el Espíritu Santo y el amor no habían aún descendido á sus corazones. ¡ Están fatigados! Pero nuestro Señor, que no se fatiga, responde sin embargo con una dureza pesada: «Dejadla, yo no fui enviado más que para los hijos de Israel.» Al oír esta palabra, esta pobre mujer, sin inquietarse, continúa aún repitiendo: «Señor, tened piedad de mí, porque mi hija padece terribles dolores.» Y el Hijo de Dios la responde y la dice: «No es bueno tomar el pan reservado para los hijos y arrojarlo á los perrros.» Era una pagana. Ciertamente la palabra era dura. Pero la madre halla en su corazón y en las inspiraciones á la vez de dolor, y si puedo explicarme así, de ingenio maternal, esta incomparable respuesta, que pone el Hijo de Dios y su poder á la disposicion del dolor de esta mujer: «Esto es cierto; pero los perritos se alimentan con las migajas que caen de la mesa de su amo; ¡ no os pido más que una migaja de vuestra compasion y misericordia! ¡ Oh! entónces el Hijo de Dios en medio

de la admiracion responde: «Mujer, tu fé es grande; hágase conforme tú lo deseas.» Y su hija quedó curada.

No quiero ser demasiado difuso en este punto, hermanos míos; pero no puedo ménos de haceros observar, al concluir, que entre las resurrecciones, es decir, los milagros más divinos que nuestro Señor ha cumplido, hay varios que son en favor del dolor maternal. ¿ Quién no sabe que Jairo y su esposa, aquel padre y aquella madre llorosos, imploraron á nuestro Señor que resucitase á su hija jóven de doce años? Nuestro Señor accedió á sus ruegos, despertó á esta jóven doncella, y la volvió á su padre y á su madre. Y despues, vosotros sabeis como la viuda de Naim fué consolada.

Terminemos. Vosotros habeis visto como en este designio de Dios, en este designio de justicia y misericordia, los dolores maternales son el castigo del pecado y la expiacion del pecado mismo; vosotros habeis visto tambien como el Evangelio y las bondades del Señor han venido á calmar todos esos dolores y todas esas amarguras por medio de los gozos y consuelos inefables. Lo que teneis que hacer ahora está manifestamente indicado por la exhortacion que acabais de oír. Vosotros teneis que hacer la misericordia y la caridad; dad generosamente, y sereis más ricos, no solamente para el cielo y la eternidad, sinó tambien para la tierra. Esta es la promesa: dad limosna, vosotros hallaréis el céntuplo de lo que hubiereis dado, y la vida eterna, que os deseo.